



SERGIO MENDEZ ARCEO Ex
Obispo de México y alta figura de la
Iglesia Católica.

Comandante Fidel Castro;
Señor Presidente interino en turno de
la Asamblea;
Compañeras y compañeros:

Un amigo no cristiano me ponderaba, complacido y complaciente, la presencia sentida de los cristianos en este encuentro y me decía: "He oído tres o cuatro veces el nombre de Marx y muchas el de Cristo". No es triunfalismo repetirlo, es convencimiento de que el Dios de Jesucristo está explícita o implícitamente en la raíz de toda lucha contra la dominación del hombre por el hombre. Esta es la auténtica civilización cristiana, no la otra. El fetiche de Marx es el ídolo de la riqueza, el más execrado de los ídolos en la Biblia. La bienaventuranza del pobre es la primera y al mismo tiempo, la razón de todas las otras, es la bienaventuranza unificante.

Agradezco al Comandante Fidel Castro la posibilidad de que tantos cris-

tianos estemos presentes en el Encuentro, más todavía que si hubiese propiciado un encuentro de cristianos.

En una reunión informal, muchos de los cristianos presentes en este encuentro, manifestamos el deseo de declararnos concordes con los cinco puntos de la carta dirigida por Don Paulo Evaristo, cardenal arzobispo de Sao Paulo, en Brasil, al Comandante Fidel Castro, traída y leída aquí por Frei Betto. Por el anhelo de encontrar en la Biblia un apoyo para nuestra conducta hoy, como cristianos, Frei Betto recordó el año de gracia, en que cada siete o cada 50 años se restauraba periódicamente el orden primitivo, sin propiedad de tierra permanente, sin servidumbre para siempre, sin deudas eternas, así fuesen sin intereses, por estar éstos prohibidos.

Los compañeros López y Gil ofrecieron al grupo de cristianos allí reunidos, un estudio amplio sobre el año de gracia, para concientizar a los cristianos, y hacen la proposición de que al lado, o en lugar de la espiritualización de los años santos, los cristianos celebremos e invitemos a todos a la celebración de los 500 años, por cumplirse en 1992, de una de las páginas más bochornosas de la historia universal, como una década de gracia de 1982-1992, a las 70 semanas de años.

Todas las deudas de nuestros pueblos deberían ser canceladas por los otros países que se llaman cristianos. El Comandante Fidel Castro ha empuñado el cuerno anunciador del jubileo bíblico.

Hace varios años, en nuestra primera conversación dije al Comandante: "Usted es un inspirado por Dios". El me comentó, al cabo de un intervalo, enseñándose: "Eso que usted me dijo de inspirado por Dios, no lo creo, pero me gustó".

Esta es, Comandante, su responsabilidad, y de tanto en tanto se somete a ella incondicionalmente.

Los cristianos reunidos informalmente —como ya dije— me encomendaron también otras tareas, la más urgente: adherirnos a la proposición de Adolfo Pérez Esquivel, para desde esta tribuna decirle al Padre Miguel D'Escoto que aceptamos el gesto profético de su ayuno y oración por la paz para su pueblo, Nicaragua, y toda América Latina,

que la insurrección evangélica ya se ha profundizado, ya se ha ampliado, ya se ha organizado. Que cese el ayuno, pues ya tiene relevos innumerables, que le debe al pueblo su vida, su salud y sus servicios. Que oiga la voz de Dios en la voz del pueblo.

Además, yo creo que también la Dirección Nacional Sandinista tiene la palabra para reclamarlo al servicio por el cual ha sido perseguido aun en su misma Iglesia.

Señalo, además, que si a los cristianos aquí presentes la Revolución cubana nos proporcionó, por medio del Comandante Fidel Castro, la oportunidad de reunirnos, nos dio también el regalo de encontrarnos con sus invitados: Don Jaime, arzobispo de La Habana, y Don Adolfo, obispo de Camagüey, presidente de la Conferencia Episcopal cubana, que junto con su pueblo están construyendo la nueva sociedad cubana y a quienes ahora saludo aquí públicamente, con respetuoso y fraternal afecto, allá en el fondo del salón.

Aprovecho aquí la ocasión de dirigirme a todos los obispos católicos y a los obispos no romanos, y a los dirigentes de las iglesias cristianas, e invitarlos a aceptar el llamamiento profético del Comandante Fidel Castro, y convocar a sus feligreses a la década de gracia de la deuda externa, anunciando esa buena nueva y denunciando las injusticias en esa deuda contenida.

Las denuncias de los profetas y de Jesús contra la riqueza, han sido recogidas en nuestra tradición cristiana, en frases tales como aquella fatídica lapidaria: "El rico es ladrón o lo fueron sus padres".

Medellín y Puebla recogieron la iluminación del pueblo cristiano y de sus teólogos, en la teología de la liberación, en las comunidades eclesiales de base y en la opción preferencial por los pobres, para beneficio de la Iglesia universal y del mundo.

El Consejo Mundial de las Iglesias y los consejeros nacionales no romanos, han clamado con libertad cristiana. Los cristianos aquí reunidos aspiran a una convocación especial sobre la deuda. ¡Convóquense ante todos, todas las voces y organismos cristianos estamos

convertidos en espectáculo ante todos! ¿Cristiano, qué has hecho de Jesús?, nos enfrentan.

Aquí pudimos apreciar cómo la asamblea recibe nuestras respuestas a partir de los aplausos tributados a Eunice Santana, nuestra compañera puertorriqueña.

Y para terminar este llamamiento, quisiera decir en voz alta: ¡Depongamos los prejuicios ante la Revolución Cubana, pruebas ha dado al mundo de su intención humanitaria! Los cubanos se están reencontrando, los cristianos revolucionarios de América Central convencen a los revolucionarios del mundo, y ante todo de Cuba, de que entre cristianismo y revolución no hay contradicción, aunque tampoco identificación.

Aprendamos la teología del acompañamiento del santo arzobispo de San Salvador, San Oscar Arnulfo Romero, asesinado por la derecha.

La deuda externa es otro lugar de encuentro, es otro tiempo oportuno. Curémonos de la peor guerra bacteriológica usada por el imperialismo, el virus anticristiano del anticomunismo. Así satura su propaganda y logra apartar a tantos hombres de buena voluntad, y escandalizarlos por la aparente convergencia de objetivos entre las iglesias y el imperialismo.

Finalmente, los cristianos reunidos conmigo aceptaron una carta propuesta por mí dirigida a los obispos norteamericanos. Por temor a rebasar los 12 minutos y no alcanzar tiempo de gracia, leo esta carta sin la motivación del contenido de la carta de los obispos norteamericanos acerca de la deuda externa de nuestros países.

"Señores obispos norteamericanos:

"Hemos conocido su doctrina social de la Iglesia y la economía de los Estados Unidos, preparación para la instrucción económica al pueblo de su nación. Los felicitamos por haber incluido el tema de la deuda externa de nuestros países. Esperamos que para la definitiva redacción tengan en cuenta las voces de nuestros pueblos y particularmente cuanto se ha expresado en esta magna asamblea de La Habana.

"La solidaridad cristiana de ustedes y de los dirigentes de otras iglesias en

los Estados Unidos, puede ser eficaz para un cambio en la política del Gobierno de los Estados Unidos, pues, como ustedes muy bien lo expresan, la ayuda y en general las relaciones económicas con nuestros países son determinadas prevalentemente por consideraciones de seguridad nacional descrita en términos de política militar.

"Les agradecemos su atención y pedimos a Dios que los fortalezca en su acción profética aun ante los ataques de sus propios feligreses".

